

y por haber estado unidos y coincidentes, quedan constituidas hoy estas mayorías, que han de servir de salvaguardia y apoyo indispensable al Gobierno que en este momento está ante vosotros; a este Gobierno del cual forman parte los representantes de unos y otros, sin que yo pueda distinguir, por la lealtad con que me ayudan, por la cooperación que me prestan, diferencia alguna entre los que lo componen. (*Grandes aplausos.*)

»He procurado, por cuantos medios han estado a mi alcance, que la compenetración entre unos y otros elementos del partido liberal sea lo más completa posible, y por eso he requerido con insistencia al Marqués de Alhucemas para que aceptara la Presidencia del Senado, nombramiento que firmó ya S. M. el Rey y que satisface de la manera más completa los deseos de todos aquellos amigos nuestros que forman la mayoría liberal del Senado; de todos los elementos que constituyen el partido. Y debo decir que el Sr. Marqués de Alhucemas se resistió a aceptar mi ofrecimiento, se resistió hasta que yo hube de decirle que había algo que se lo imponía, y era el interés del partido liberal; y en cuanto el Sr. Marqués de Alhucemas vió que se apelaba al interés del partido, cedió al instante y aceptó el ser Presidente del Senado. (*Muy bien, muy bien.*)

»Ocupará por vuestros votos la Presidencia del Congreso el Sr. Villanueva, que con tanta autoridad la desempeñara en el último periodo de las Cortes de 1910, que tantos servicios ha prestado al país y que con tanta abnegación ha cumplido siempre sus deberes políticos. (*Muy bien, muy bien.*)

»Podemos, pues, proclamar hoy con satisfacción la unión del partido liberal, unión tan firme y tan sincera, que podrá quizá romperse el día de mañana (Dios no lo haga), pero que por la soldadura permanecerá y subsistirá cada vez más sólido y firme. (*Grandes aplausos.*)

»El programa del Gobierno, el programa parlamentario, mañana lo oiréis de los augustos labios del Monarca.

»Las nuevas Cortes deben tener una vida larga; de vosotros depende que no sea breve; de todos modos, su misión ha de ser verdaderamente excepcional. No serán las Cortes de 1916 de aquellas que pasan desapercibidas

en la historia parlamentaria de España sin dejar huella, ni dignas de elogio ni merecedoras de censura; ellas han de resolver cuestiones trascendentales; en el orden internacional tendrán que fijar definitivamente el lugar que España debe ocupar en el concierto de los intereses mundiales; de su acierto dependerá el porvenir y la grandeza de la España del mañana.

»El porvenir es incierto; la labor que ante nosotros se presenta, áspera y dura; para afrontarla y responder a nuestras obligaciones como legisladores y gobernantes, sólo tenemos un camino: el cumplimiento del deber.» (*Grandes aplausos.*)

El Marqués de Alhucemas.—«Señores Senadores y Diputados: Sería cerrar los ojos a la realidad desconocer que ha pasado la hora del verbalismo y que hoy los pueblos ya no se dejan seducir, sino que, por el contrario, les empieza a aburrir el abuso de la oratoria, considerándola hurtadora del tiempo indispensable para la acción en estos instantes de supremo interés mundial.

»Comprendiéndolo yo así, queridos amigos y correligionarios, en las pocas palabras que habré de dirigiros, creo que habré de limitarme a elevar el testimonio de mi profundo reconocimiento a S. M. el Rey, por haberse dignado aceptar, benévolo, la propuesta que para mi nombramiento de Presidente del Senado le hizo el Gobierno de S. M.; a rendir a éste el testimonio de mi gratitud más sincera por esa iniciativa, que tanto me enaltece, y a daros a vosotros, brillante y nutrida representación del arraigo y de la fuerza del partido liberal español, las gracias más rendidas también por vuestra confianza y por vuestras simpatías, apoyos alentadores en los cuales yo necesitaré sostenerme para el desempeño de la difícil misión que se me ha confiado.

»Yermo una parte del territorio nacional; inculta la mayoría del cerebro español; desatendidos los elementos de la defensa nacional; sin caminos y vías de comunicación apropiados para el desarrollo de nuestra riqueza; cerrados la mayor parte de los mercados para las necesidades de nuestro país y para la exportación de nuestros productos; en perspectiva—¡y quiera Dios que llegue

pronto!—la hora bendita de la paz, es necesario que las Cortes que comienzan mañana su labor resuelvan la reconstitución económica, social y mental de España, y que la preparen para constituir su verdadera personalidad en el mundo. Y para ello es indispensable que así los que nos rigen y gobiernan como aquellos que con mucho gusto, como yo, por mi parte, les alentamos con nuestro voto y con nuestro aplauso, tengamos siempre presente que somos ante todo y sobre todo los servidores del interés público. (*Muy bien, muy bien.*)

»Penetrados de la pesadumbre de nuestras responsabilidades, conscientes de nuestros deberes de patriotas y de políticos, el Sr. Conde de Romanones y yo, haré pronto de esto muy cerca de un año, comprendimos que era necesario dejar en olvido aquellas diferencias que, como él ha dicho también, más fueron de procedimientos y de conducta, que nos separaron a la muerte del inolvidable y nunca bastante llorado D. José Canalejas; e inspirándonos uno y otro en el amor que constantemente hemos tenido ambos a los grandes ideales de la libertad y de la democracia, porque juntos vinimos a la vida pública y siempre hemos servido estos ideales, procuramos la compenetración de las dos ramas del partido liberal, y desde entonces nos aprestamos a que cuando S. M. considerase llegada la hora de que el Poder fuese ocupado por el partido liberal democrático, pudiésemos presentar a la consideración del país unas fuerzas tan robustas, tan valedoras y eficaces como aquellas que se presentan en esta reunión de las mayorías, cuya historia es una ejecutoria que bien resiste la comparación con las que sean máspreciadas. (*Muy bien.*)

.....

»Mis resistencias fueron inútiles; el Sr. Presidente del Consejo de Ministros estimó que era indispensable, que era conveniente la expresión gráfica de nuestra unión, de nuestra compenetración, y que esto sólo podía hacerse ocupando yo la Presidencia del Senado, y ante estos requerimientos y manifestaciones del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, yo me rendí gustoso a darle esta muestra de acatamiento, con lo cual quiero decir, amigos y correligionarios, que para mí no hay más que una

sola disciplina en el partido, no puede haber más que una sola dirección y la jefatura del Sr. Conde de Romanones.» (*Muy bien, aplausos.*)

El Sr. Villanueva.—«Señores: Perdonadme que detenga por unos instantes el término de esta hermosa y brillante reunión, en la cual, como en todas las de su especie, después que los jefes hablan, está dicho todo lo esencial; pero en las que también suele ser necesario que la voz de los más modestos y humildes se deje oír, para que no pueda confundirse el silencio, que obedecería a modestia, con lo contrario, con la soberbia y, sobre todo, con la ingratitud. Cuando al declinar de la vida, consagrada en una buena parte, en la mayor, al servicio de un partido, se recibe la magistratura popular que representa la Presidencia del Congreso, bien se puede decir que están satisfechas todas las aspiraciones y aun las ambiciones, si algunas se han sentido, y yo os aseguro, como lo dije la primera vez que ocupé ese puesto, que ya en aquel momento había terminado por completo mi historia, porque ni aun aquello mismo me había yo atrevido a soñar ni esperar, y lo había recibido como una herencia, fruto de las desgracias que habían preparado el que yo fuese a ocupar ese puesto. Pero yo os rindo de nuevo todo tributo de gratitud, lo mismo que al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, al cual yo no sé si habré acertado a pagar todo lo que él ha hecho por el amigo y por el correligionario, poniéndome siempre incondicionalmente a sus órdenes, del propio modo que he estado resuelto a servir a mi partido allí donde se me designase, fuera cual fuese el puesto que se escogiera para mí. (*Muy bien, muy bien.*)

»¿De qué os voy a hablar yo, si no tengo aquellas razones que han movido la elocuente palabra de mi querido amigo el Sr. García Prieto, ni he pasado tampoco por su situación y no he podido prestar a mi partido servicios semejantes?

»Por esto es inútil que hable de ello; pero, en cambio, sí quiero decir una cosa, correspondiendo a los sentimientos del Sr. Presidente del Consejo de Ministros, y haciéndome intérprete, si es que tengo la fortuna de conseguir

lo, del sentimiento del partido liberal. No se preocupe el Sr. Presidente del Consejo de Ministros del porvenir; ya es suyo, ya es del partido liberal. Ya es suyo, porque las jefaturas no se crean arbitrariamente, no son el fruto ni de intrigas ni de conjuras, ni de elecciones caprichosas, sea quien fuere el que las haga, sino que son el resultado de todas aquellas concreciones que van realizándose dentro de las mancomunidades políticas, de donde viene a resultar que los jefes son los que únicamente pueden serlo, y hoy el Sr. Conde de Romanones puede tener la seguridad de que es el mejor de los jefes que ha tenido y puede tener el partido liberal, porque es el único posible.»
(*Muy bien, muy bien.*)

Tal fué el acto y muchos los comentarios que acerca de él se hicieron.

Alguien de espíritu independiente y verdaderamente liberal, hizo notar dos cosas:

1.^a El sarcasmo de la desinteresada unión de liberales y demócratas, tan cacareada por unos y otros, cuando era público lo que se había luchado para la repartición de los cargos públicos.

Y 2.^a La injusticia cometida con el Sr. Conde de Sagasta, que fué quien inició esta unión, de acuerdo con el Conde de Romanones, unión a la que se oponían los demócratas, que ahora hacían un mérito en aceptarla, combatiendo unos y abandonando otros friamente al iniciador de la unión.

Comentarios.—El *A B C* dijo:

«Los discursos pronunciados en la reunión de las mayorías han sido un canto a la fortaleza y a la unión del partido. Los concurrentes han oído ya muchas veces la misma canción en la misma solemnidad. El partido liberal se rompe siempre en el Poder: desde el primer día de mando se inician sus querellas; cae deshecho; el ostracismo de la oposición, a medida que se prolonga, va suavizando la discordia; en la hora patriótica de asumir el Gobierno, los liberales aparecen providencialmente unidos... Y vuelta a empezar.

»Lo único nuevo en el espectáculo es la facilidad con

que se hace y se deshace la unión del partido; la unión externa, por supuesto, que la interna nunca la tuvo. ¿Por qué riñeron la última vez los liberales? Por nada, según han confesado los Sres. García Prieto y Conde de Romanones en sus discursos a las mayorías; y no se les puede pedir más franqueza: por nada que debiera separarlos. ¿Y cómo y cuándo se han unido? No hay detalles, porque no ha sido menester ningún acto público ni labor notoria ni fórmula conocida para que vuelvan a unirse. En la *Gaceta*, en la lista del primer Gabinete liberal, aparecieron juntos unos y otros nombres. La *Gaceta* es el gran fundente de los átomos políticos.

»Hasta qué punto es corriente y normal en este partido esto de reñir y reconciliarse y cómo lo sancionan los tópicos de la oratoria, nos lo dice esta frase que en su breve arenga de anteanoche colocó el Sr. Villanueva, no se sabe si con ironía o con ingenuidad: «Yo, señores—dijo, alabando el reingreso del Sr. García Prieto—, no he tenido ocasión de prestar semejante servicio.» Nos recordó al ceremonioso del chascarrillo:—Dispensen ustedes que no me descubra, porque me he dejado el sombrero en casa.»

También se comentó una frase del Conde de Romanones.

Un correligionario suyo decía en un corro:

«¡El horno no está para bollos ni la Magdalena para tafetanes! El Conde clava el estoque en la cruz... Si hay disidencias, no anuncia excomuniones; amenaza con dejar el Poder. ¡Esto equivale a decretar la abolición del suicidio!»

El Conde de Sagasta declarábase miembro de la mayoría.

«Después de veinticinco años de consecuencia y lealtad al partido, ¿quién habría de excluirme»—le oímos.

Reunión de las minorías conservadoras.—En la alta Cámara se celebró la reunión de las minorías conservadoras.

A las cuatro y cuarto entraron en el salón de sesiones los Senadores y Diputados. El Sr. Dato llegó acompañado de los Sres. Sánchez de Toca y González Besada.

Inmediatamente levantóse a hablar el jefe del partido.

«No venimos a las Cortes —dijo— en son de lucha, pero hemos de justificar nuestra actitud ante la opinión.

»Me interesa recordar cómo nació la situación actual.

»En Diciembre de 1915 estábamos asistidos de la confianza de la opinión, y esperábamos no ya benevolencia, sino colaboración de las minorías.

»Habíamos estimado como la primera de las necesidades la organización de las fuerzas militares; pues los ejércitos permanentes son los núcleos donde los ciudadanos adquieren la instrucción.

»La guerra no la hacen ahora los ejércitos, sino los pueblos. Por ello creímos que nada debía anteponerse a la organización militar.

»No quiero recordar la oposición con que tropezaron las reformas, y la obstrucción a que acudieron algunos para cerrarnos el paso.

»Se celebró una reunión, no ya para retirarnos la benevolencia otorgada a ratos, sino para oponerse a todo, si no entrábamos de lleno en el debate de los proyectos económicos.

»¿Qué se produjo al faltarnos la benevolencia necesaria para que la obra legislativa tuviera garantía de permanencia?

»La obra que veníamos realizando quedó interrumpida, y si yo fuese aficionado a reproches, diría que habiéndose producido la crisis por impaciencias de reformas económicas, en cinco meses no se ha hecho ninguna.

»Hemos visto pasar por el Ministerio de Hacienda a tres Ministros, que en esos cinco meses han expuesto criterios distintos.

»De otras cosas creo que no se debe hablar.

»Creo, con el glorioso Echegaray, que en estos momentos mejor se sirve a la Patria con el silencio.

»Sólo lo interrumpiríamos si se quisiera perturbar la actitud de neutralidad en que ardorosamente se ha colocado nuestro pueblo.

»Mantengámonos todos unidos, para ser continuadores, con la ayuda de Dios, de las glorias de nuestros antepasados.

»Se orientará nuestra política parlamentaria en benevolencia al Gobierno, que se traducirá, si fuera preciso, en apoyo, ya que del otro lado de la frontera el Gobierno de S. M. es la representación de la Patria.» (*Grandes aplausos.*)

Cargos parlamentarios.—El Sr. Dato rogó a sus amigos que votasen para vicepresidente cuarto del Congreso y secretario cuarto de la misma Cámara, respectivamente, a los Sres. Canals y Conde de Peña Ramiro, y para la cuarta secretaria del Senado, al Sr. Garay.

Todos los presentes felicitaron con efusión al ilustre jefe del partido.

El Rey y los ferroviarios.—S. M. inaugura la nueva casa social.—En esta fecha— a los dos días de votarse en Valladolid la huelga general—se celebró la inauguración de la nueva casa, construída en la calle de Atocha, de la Asociación general de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España.

Ha costado el edificio, construído con gran rapidez y con arreglo al proyecto del arquitecto Sr. Repullés y Vargas, 1.300.000 pesetas. Para ello no se ha distraído un solo céntimo del fondo de los socios, sino que se ha obtenido recargando en un 5 por 100 el importe de las cuotas de los asociados, y añadiendo a la suma así recaudada 250.000 pesetas que ha dado el Estado como subvención, y otras 250.000 pesetas entregadas por los Consejos de administración de las distintas Compañías ferroviarias españolas.

El Monarca, vistiendo el uniforme del regimiento del Rey, presidió el acto, y, levantándose, con voz vibrante y clara, dió lectura al siguiente discurso:

«Señores: Cuando asociasteis mi nombre a vuestras nobles empresas educadoras y benéficas, experimentó mi espíritu muy vivo contento. Hoy, al advertir los incesantes progresos de la Asociación, al inaugurar esta casa,

quiero deciros cómo me siento orgulloso del título con que me honrasteis, cómo desde el corazón vienen a mis labios expresiones de parabién, ideas venturosas. Todo me induce a mirar lontananzas halagadoras, porque sólo prósperos sucesos pueden albergarse en este hermoso edificio, que con razón se llamará Palacio del Trabajo.

»Un sentimiento hidalgo os lleva a recordar, en el discurso de vuestro Presidente, los amparos decididos de las Compañías, el auxilio de mis Gobiernos, mi personal incesante colaboración. No hicimos sino cumplir un alto deber moral; cuando las empresas consagran sumas considerables a las mejoras de los sueldos; cuando los Ministros de Fomento incluyen en presupuestos créditos para levantar esta casa; cuando yo os acompaño y sigo con vivísimo interés, ininterrumpido, el progreso de la Asociación, recordamos cuáles y cuántos son los servicios que prestáis a la Patria, el carácter público de ellos, todo lo que se os pide de asiduidad, de sacrificios, y estimamos obligado en nosotros ejercer esta acción tutelar, por cuya continuidad velaré sin descanso.

»Invocáis hermosos, delicados propósitos de patriotismo, si la Nación los exigiera en una hora suprema de peligro; al escucharlos notaba yo que transmitiais de vuestro pensamiento al mío aquellos ideales que procuran la cálida sensación de júbilo y de enternecimiento de todo lo sublime. Recordaba el Sr. Presidente cómo habéis logrado vencer, a las inspiraciones del trabajo y de la perseverancia, una amplia organización, que hace a los ferroviarios españoles tan aptos para este servicio importantísimo, como pueden serlo los mejor preparados y dispuestos en el extranjero.

»Proseguida esa labor, pues ella facilitará para su día la aspiración de nacionalizar por entero esta gran riqueza circulatoria, incorporándola al Estado. De entre vosotros, cuando no de entre vuestros hijos, habrá de surgir el plantel de funcionarios que realicen tan magna empresa.

»Habláis reiteradamente de reconocimiento hacia mi persona, de gratitud para mí. Estimo que pagáis con prodigalidad el estricto cumplimiento de elementales gratísimos deberes. Estad ciertos de que no os faltará mi asistencia y mi aliento.

»Aspiro a un premio. Pienso que convencidos, a lo largo de la vida, de mi desvelo por el personal ferroviario, como habéis grabado mi nombre en una lápida, se fije un recuerdo en vuestro espíritu. Imagino que acaso un día, no se cuándo, al venir a este edificio obreros y empleados, para reposar de las fatigas de la jornada, consagren un pensamiento a quien, en definitiva, no es sino un obrero que trabaja por el engrandecimiento de la Patria desde la altura del Trono.»

Las frases últimas del Rey fueron ahogadas por una entusiasta ovación; renováronse los vivas y los aplausos, y no cesaron unos ni otros hasta que S. M., con el Gobierno y las personas de su séquito, abandonó el salón para visitar el edificio.

Comenzó D. Alfonso su visita por las oficinas, cuya instalación elogió; vió luego la biblioteca y las aulas de la Academia y se detuvo en una de éstas, para ver la instalación de un ferrocarril en miniatura.

El Rey alabó mucho la instalación, y recomendó que, además de los antiguos aparatos de telégrafos, se instalen aparatos modernos, para que la edificación pueda ser más completa.

S. M. recorrió las demás dependencias, y fué, por último, obsequiado con un delicado *lunch*.

Al abandonar el Monarca, cerca de las doce, la Casa de los Ferroviarios, éstos y el público estacionado fuera prorrumpieron en nuevas aclamaciones.

DIA 10. —Apertura de las Cortes.—Discurso de la Corona.—Con el ceremonial de costumbre, dióse en esta fecha comienzo a las tareas parlamentarias.

Lleno el Congreso, presente el Gobierno, los grandes dignatarios, y con todo el Cuerpo diplomático, S. M. el Rey leyó el siguiente discurso:

«Señores Senadores y Diputados: Graves y difíciles para el mundo son los momentos en que vengo a inaugurar las tareas de estas Cortes.

»La Humanidad toda sigue atenta el desarrollo de esta